

M. LOIS VEUILLET

JESUCRISTO

BT301

V4

v. 1

1881

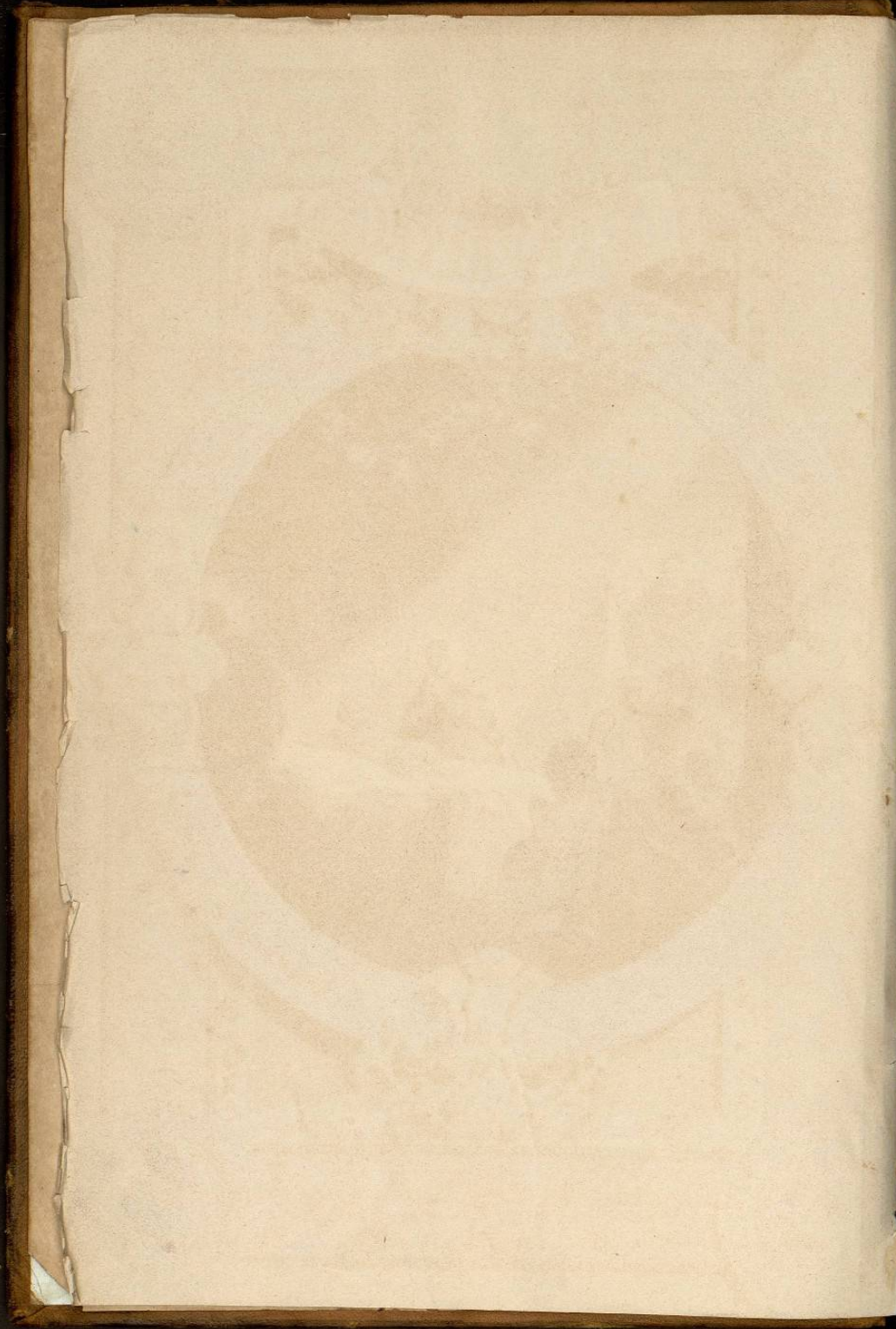
005855



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



1080014836



Lit. de N. Gonzalez Silva W. Madrid

JESUCRISTO

*F. Vidal Juncos.*

J. F. PARRES Y COMPAÑÍA, EDITORES

# JESUCRISTO

POR

M. LOUIS VEUILLOT

ACOMPAÑADO DE UN ESTUDIO SOBRE EL ARTE CRISTIANO

POR

M. E. CARTIER

TRADUCCIÓN LITERARIA BAJO LA DIRECCIÓN DEL

*Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Areópolis, Auxiliar de Toledo*

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO POR EL MISMO

*Obra recomendada por el Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Moreno*

CON SU APROBACIÓN SOBRE LA CENSURA ECLESIASTICA

Edición ilustrada con 16 excelentes cromo-litografías y 180 grabados

*Pbro. Vidal Juxen.*

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR  
Biblioteca Valerón y Pallas

MÉXICO

ADMINISTRACIÓN: CALLE DE CHIQUIS, NÚM. 11  
1881



*Capilla Alfonso  
Universidad*

45446

BT 301

V4

V.1

1881

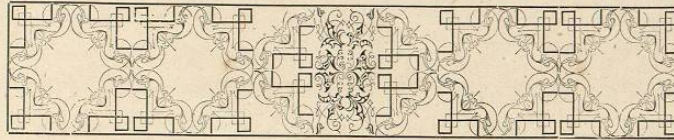
JESUCRISTO



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. MINUSA DE LOS RÍOS

13 - Barranco de Embajadores - 13



## PRÓLOGO



Initial del *Racional* de Guill.  
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de  
M. Ambr. Firmin-Didot.

DMIRABLE ha sido la aceptación que ha encontrado en el mundo literario y científico la *Vida de Jesucristo*, escrita en francés por M. Luis Veuillot, uno de los talentos más preclaros de nuestros tiempos, hasta el punto de haberse agotado las diversas ediciones que de ella se han hecho en corto período, y de buscarla, no sólo los creyentes para robustecer su fe, sino también los filósofos racionalistas y libre-pensadores para encontrar algún reducto débil por donde atacar el hermoso alcázar de la verdad religiosa, que tanto odian como temen.

La última edición francesa de esa obra tiene un mérito altísimo y particular sobre todas las anteriores, no solamente por

a

008855

ser más extensa con un exceso de veinte capítulos y por estar enriquecida é ilustrada con ciento ochenta preciosos grabados que representan las principales obras maestras del arte antiguo y moderno, sino también porque al fin lleva un tratado luminoso, razonado y lleno de erudición sobre el Arte cristiano, en que se plantea y se resuelve admirablemente el problema sobre la belleza y sus condiciones, y se combate la esterilidad del *realismo* y demás escuelas que han emancipado la verdad artística de la verdad moral y religiosa.

No teníamos todavía en nuestro riquísimo idioma castellano ninguna versión de trabajo tan meritorio y tan recomendable, y había, no sólo conveniencia, sino necesidad de darla á conocer para que se propagase y llegase á manos de todos los que desean tener luz en medio de las tinieblas y de la confusión que la irracional libertad de la prensa está produciendo en muchas inteligencias.

La casa editorial de esta versión castellana ha tenido que imponerse grandes y costosos sacrificios, lo que fácilmente se puede comprender con sólo considerar el gran número de cromolitografías que contiene la obra, la gran extensión de ésta y el lujo y esmero con que quiere que se ejecute y salga á la luz pública.

Semejante deseo es digno de todo elogio, tanto más cuanto que, lejos de inspirarse en la esperanza de un lucro que no tendrá, no reconoce otro principio ni otro origen que el sentimiento

arraigado y altamente cristiano de prestar un buen servicio á la causa católica, hoy tan perseguida y de muchos abandonada, y el cooperar á que se propague en nuestra patria la vida de Jesús y á que sea cada día más conocida en todo el mundo; porque no cabe duda que cuanto mejor conozcan los hombres la divina hermosura y sobrenatural belleza de su victorioso Libertador y generoso Redentor, más sentirán crecer en ellos los sentimientos de amor y de gratitud hacia Él; y cuanto más contemplan la dulzura y los divinos encantos que encierra su deífico corazón, con mayor fuerza se sentirán atraídos hacia Él, y acudirán de todas partes, como las palomas vuelan á su palomar, á fin de encontrar allí una venturosa paz, que el mundo no puede darles, y la ciencia de bien vivir y de conocer la verdad, que en vano se buscaría en los modernos sistemas de la orgullosa razón.

El propósito de trabajar é influir para que Jesucristo sea más conocido, con el fin de que así pueda ser más venerado y amado, constituye por sí solo una dicha incomparable que no podría pagarse ni aun á precio de toda una vida de sacrificios y de heroicas privaciones; y de esa dicha pueden participar todos los que adquieran y lean la *Vida de Jesús*, toda vez que no podrán menos de sentir en su corazón un secreto impulso que les mueva á escucharle, á seguirle é imitarle más de cerca en sus ejemplos.

El autor de la obra que hoy se da traducida no dejó de



comprender, en su elevado y claro talento, la dificultad de escribir con acierto la *Vida de Jesucristo*, tratándose, no de un alto personaje del mundo, que nace, vive y muere en el tiempo, y sujeto esencialmente á las leyes del tiempo, sino de Aquel que existía ya antes del principio de los tiempos, y cuyo origen es la eternidad, y su virtud la omnipotencia, y su espacio la inmensidad, y el límite de su sabiduría lo infinito, lo inmutable y lo absoluto. Eso no obstante, guiado el ilustre publicista por el celo de la gloria de Dios y por el deseo ardiente de vindicar á Jesucristo de tantas blasfemias y de tan brutales ultrajes como se le infieren en nuestros días, bajo la sombra y amparo de una bandera fementida que proclama ilustración y progreso, siendo, en realidad, la síntesis de la ignorancia y del retroceso á la barbarie del paganismo, emprendió con valor su trabajo, contando con los auxilios de la divina gracia y tomando por guía seguro de sus pasos la enseñanza de Nuestra Santa Madre la Iglesia, regla inmediata é infalible de nuestra fe católica; las Santas Escrituras, Profecías y Santos Evangelios, que contienen la palabra de Dios, que es luz para nuestros piés; los Doctores y Santos Padres de la Iglesia, intérpretes fieles de la revelación, y las piadosas y autorizadas tradiciones que, auxiliadas y esclarecidas con los resplandores del culto y con el espíritu de piedad que informa todos los ritos, ceremonias y solemnidades del Cristianismo, se han venido perpetuando de siglo en siglo y de una generación á otra generación hasta los tiempos actuales, mante-

niendo así, con su influencia saludable, siempre viva, nueva y luminosa en el mundo la idea de Jesucristo, de sus divinos atributos y de los sobrenaturales caracteres con que había de manifestarse cuando viniera á este mundo á llenar su divina y milagrosa misión.

Ciertamente que, sin esos hermosos resplandores, que del cielo de la Iglesia y de la altísima ciencia de la revelación descienden á la inteligencia humana para que conozca á Aquel que es la verdad, el camino y la vida, y se proyectan sobre todas las conciencias para hacer llegar á ellas el sentimiento del deber en que está todo hombre de recibir á Jesucristo como á Hijo de Dios vivo, de escucharle, obedecerle y amarle como á su Mediador, Redentor y Maestro, difícilmente pueden evitarse los extravíos lamentables y las aberraciones tan absurdas como injuriosas en que ha caído el entendimiento humano cuando, guiado por su propia luz, ha intentado explicar la entidad de Jesús, las dotes de su sagrada personalidad y los actos de su vida santísima, así pública como privada.

Por esa causa, la razón filosófica, cuando, en sus excursiones é investigaciones científicas, se ha encontrado con la eminente y asombrosa realidad de Jesucristo y la ha presentado como centro esencial del círculo máximo en que se mueven y tienen vitalidad todos los principios, todas las verdades y todas las luces, si solamente ha empleado el telescopio de limitadísimo alcance, que la presta su fuerza nativa, para conocerle y expli-

carle en su origen, en su existencia y en sus múltiples relaciones con el individuo, con la familia, con la sociedad y con el orden moral, se ha dividido lastimosamente en opuestos criterios, sin acertar jamás á colocarse en el punto fiel y vértice de la verdad.

Según una escuela, Jesucristo no tuvo jamás existencia real, y sólo es un puro mito, sin entidad alguna histórica ni positiva; según otra, fué un sabio, un eminente legislador y un político sagaz, pero sin pasar de la esfera de un puro hombre, ni trascender al goce de atributo alguno de la divinidad; para unos filósofos, no merece otro concepto que el que envuelve la personalidad de Moisés ó de Mahoma (1), y, en sentir de otros, ni fué verdadero Dios ni verdadero hombre, sino una confusión de dos naturalezas misteriosas é inexplicables, que sostuvieron entre sí lucha perpetua en sus tendencias y en su voluntad, para absorber la una á la otra y apoderarse después del espíritu público, dispuesto siempre á creer en lo extraordinario, tomándolo como divino, y á someterse á lo absurdo, adorándolo como un misterio.

En ese resultado se termina todo lo que la crítica racionalista sabe y enseña acerca de Jesucristo; y de ahí la necesidad de consultar otras fuentes y criterios más competentes, si han de tenerse ideas claras y seguras acerca de su naturaleza, de sus funciones y de los altísimos fines que vino á realizar en bien de la humanidad.

(1) Baron de Holtbach, en su obra detestablemente impía, traducida al castellano, en 1873, por D. Federico Ruiz y Blaser.

El Apóstol, iluminado y asistido de sobrenatural inspiración, nos dejó trazado uno de los atributos y caracteres más esenciales con que puede revelarse al alma la entidad de Jesucristo cuando dijo en su *Carta á los Hebreos* (1): «*Jesucristo era ayer, es hoy y será en todos los siglos.*» Y partiendo de ese fundamento tan sólido, como lo es toda palabra de Dios, se hace en esta obra la descripción de la vida de Jesucristo considerándole como esperado (*era ayer*), como existente (*es hoy*) y como viviente en la historia y en sus obras (*será en todos los siglos*), cuyo triple concepto, además de apoyarse en un principio racional, está también en admirable consonancia con lo que el Discípulo del amor nos enseñó cuando dijo: «*En el principio existía el Verbo... y ese Verbo estaba en Dios... y por Él fueron criadas todas las cosas... y por fin se hizo carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad.*»

La historia de Jesucristo no principia, por lo tanto, en el pesebre de Belén, ni tampoco concluye en la cruz, sino que, aún en su origen temporal, arranca más bien desde la creación del hombre y continuará hasta el juicio universal. En ese sentido pudo pronunciar San Epifanio la magnífica afirmación de que «*la Santa Iglesia Católica era el principio de todas las cosas*», porque su vida sobrenatural y divina está unida con la vida de su eterno y santísimo Fundador, por cuyas omnipoten-

(1) *Epístola á los Hebreos*, cap. XIII, vers. 8.